

A un enemigo a quien así se conoce no se le puede negar el respeto.

Francia, en cambio, la Francia herida, desde 1870, en sus más íntimos sentimientos, tiene que hacer un esfuerzo para mostrarse justa en sus juicios. Y por eso mismo sus homenajes al heroísmo de los soldados alemanes son más meritorios, hasta más sublimes puede decirse. Los ingleses lo reconocen, como lo demuestran las siguientes líneas de un diario de Londres:

«Son nuestros enemigos, es cierto—me decía un francés de gran corazón—, pero también ellos son hombres, también tienen mujeres e hijos que los aguardan, que lloran. ¡Es terrible, terrible!» «¡Cuánta espontaneidad y cuánta nobleza de alma la del francés que así hablaba! Y no es que sea una excepción. ¿Se ignora acaso que un general francés abrazó a un soldado cuyo heroísmo lo conmovió? ¿Y aquel joven teniente que llevó sobre sus espaldas a un herido alemán bajo una lluvia de proyectiles? Del hirviente crisol de la guerra sale Francia como oro de pura ley.»

¿Por qué, siendo esto así, los ingleses no imitan la conducta de los franceses?

— Porque los alemanes son los primeros en injuriarnos — contesta el *Times*.

Es cierto. Las más duras palabras contra la Gran Bretaña han sido pronunciadas en Berlín. Pocos días antes de que estallara la guerra, el príncipe de Bülow publicó un libro en el cual, hablando de las relaciones de su patria con las naciones vecinas, dice:

«El móvil de la política de Inglaterra en sus relaciones con nuestro pueblo es el egoísmo nacional; el de la política francesa, el idealismo nacional.» Sin detenernos a examinar lo que puede haber de injusto en las prime

ras palabras de esta frase, tenemos que reconocer que existe en el ánimo de la vieja Alemania algo que es como un sentimiento de hermano traicionado ante la actitud de la Gran Bretaña. Con su ruda elocuencia, el Káiser, dirigiéndose a las tropas reunidas en Aquisgrán el 19 de agosto, ha dicho: «Mi orden real e imperial os manda que concentréis por el presente inmediato vuestra energía hacia un fin único: el de emplear todo vuestro valor y toda vuestra habilidad en exterminar a los traidores ingleses y en destruir el despreciable ejército del general French.» De las tropas francesas, en cambio, ni el soberano, ni sus ministros, ni la misma prensa pangermanista, hablan de un modo idéntico. Y es que, aun desdeñando otros derechos, Guillermo II reconoce el que asiste a los vencidos de 1870 a odiar a sus vencedores.

En este sentido, nadie ha examinado el problema de las relaciones entre los dos países vecinos y enemigos con tan noble franqueza como von Bülow. «No podemos perder de vista—dice— que Francia es irreconciliable.» Pero, lejos de indignarse ante esa paciente persistencia en la esperanza de una revancha, el ilustre político la celebra cual un signo de fuerza y de entereza. Hay páginas en su libro que más parecen escritas por un amigo que por un adversario.

He aquí una de ellas: «Los franceses tienen derecho a pretender que la opinión fundamental del pueblo francés sea comprendida y apreciada. Es una prueba de un vivísimo sentimiento de honor el que da una nación que sufre tan profundamente de una herida en su orgullo, el hacer que el deseo de la venganza se convierta en una pasión nacional única. La política de desquite está sostenida por una fe inquebrantable en la indestructibilidad

de las fuerzas vivas del país. Este dogma se basa en toda la historia de Francia. Ningún pueblo ha reparado siempre con tanta rapidez como los franceses las consecuencias de cada una de sus catástrofes. Ninguno ha encontrado con igual suerte la confianza en sí y el espíritu de empresa, después de desastres que parecían definitivos. Más de una vez, Francia ha sido considerada cual abatida para siempre por enemigos exteriores o por trastornos intestinos. Entonces Europa creyó que ya no sería peligrosa. Pero cada vez Francia se irguió ante el mundo el cabo de poco tiempo con su vigor de antes y hasta con un vigor mayor, para disputar en nuevas luchas la supremacía europea. Las ascensiones y las caídas de ese país han precipitado siempre en el asombro a los Estados de Europa.»

El asombro actual puede ser para Alemania tan grande como el mayor. Habiendo oído hablar de terribles luchas interiores, figurábase a su adversario incapaz de unirse para luchar. Habiendo leído artículos en que los socialistas declaraban que no tomarían el fusil en caso de guerra sino para matar a sus propios generales, creía encontrar muchos huecos en los regimientos. Habiendo tenido noticias de que senadores y diputados interpelaban sobre la ineficacia de los nuevos armamentos, esperaba que ningún cañón estuviera listo para disparar. Y he aquí que cuando veintitrés cuerpos de ejército llegan a encontrarse en los campos de la Isla de Francia ante veintitrés cuerpos de ejército franceses, la victoria traiciona a los que de antemano la celebraban cual segura.

Pero hay que hacer a Alemania entera la justicia de que su asombro no ha hecho cambiar su modo de considerar a sus adversarios de Francia. Mas de quince días hace, en efecto, que las tropas de von Kluck fueron ven-

cidas, y aún no hemos tenido noticia de un solo manifiesto injurioso o despreciativo contra este país. Al contrario. A medida que los oficiales del Káiser van haciendo públicas sus impresiones de la campaña, aumenta el caudal de homenajes a las tropas de Joffre. «Que los franceses sabían morir—dice el coronel Sheffer—, no lo habíamos olvidado, como tampoco habíamos olvidado que saben luchar. En cambio ignorábamos que sin ruido hubieran así aprendido a unir la paciencia y la resistencia, que no está en su temperamento, a las virtudes brillantes que heredaron de sus abuelos. De hoy más, cuando se hable de ejércitos modelos, habrá que citar en primer término al de Francia.»

Me diréis que más valdría que los alemanes, en vez de hablar como hablan, obraran de un modo diferente. Ya lo sé. Las ruinas de la catedral de Reims nos impedirán siempre creer que los sentimientos de los que reconocen, además del heroísmo de los soldados franceses, la razón que asiste a Francia en su lucha, sean sinceros. Mas por lo mismo que en la guerra actual parecen haberse desencadenado todas las pasiones feroces; por lo mismo que Alemania, después de destruir con sus cañones, quiere con sus discursos humillar a pueblos como Inglaterra, que son dignos del mayor respeto, yo encuentro un ligero consuelo a mis pesares viendo que, en medio de su vértigo, el país de Goethe conserva aún un vislumbre de espíritu de justicia para rendir al pueblo francés el homenaje que merece.

Campañas de prensa.

28 de septiembre.

Una encuesta oficial acaba de demostrar en Nueva York que la mayor parte de los despachos que las Agencias alemanas dan a los periódicos de América como oficiales no pueden ni siquiera ser auténticos, por la sencilla razón que ninguna oficina de cable, con hilo o sin hilo, los ha recibido en el territorio de los Estados Unidos.

«Lo que pasa—explica el *Tribune*—es que existe entre nosotros un *bureau*, establecido por el Gobierno de Berlín, con el objeto de arreglar noticias fantásticas y hacerlas pasar por verdaderas.»

Alemania, naturalmente, protesta contra estas palabras. ¡Adulterar ella la verdad! ¡Tratar de engañar a los ciudadanos de la libre América, que son los árbitros morales de la tragedia! ¡Dar informes falsos que extravíen las opiniones! No; eso, nunca. Pero he aquí que los yanquis, no contentos con descubrir el milagro, completan la obra desenmascaradora poniendo en plena luz a los santos que los realizan.

Desde que estalló la guerra, en efecto, el canciller del Imperio germánico se preocupó de organizar en Nueva York un cuerpo de misioneros del prestigio alemán. Al embarcarse en el *Noordam*, el 15 de agosto, el embajador Bernstorff llevó consigo, no sólo a sus se-

cretarios habituales, sino también a dos o tres funcionarios berlineses que nada tenían de diplomáticos. Uno de ellos, un sabio que ha vivido largos años en América, recibió el encargo de hacer una serie de conferencias universitarias sobre la grandeza tudesca. Otro, el ex ministro de Colonias, Bernhardt Dernburg, amigo personal del Emperador, debía emplear su influencia, su talento y actividad en inculcar simpatías teutónicas en las almas de los hombres políticos de Washington. Un tercero, en fin, el capitán de Marina Boy-Ed, llevaba la misión de satisfacer de una manera hábil el terrible apetito de noticias que el Nuevo Mundo ha demostrado siempre. Este capitán extraño, hijo de un turco, ha sido antes en Berlín uno de los más sabios organizadores de campañas periodísticas. Cuando el pueblo, cansado de dar millones y millones para la flota, comenzó a creer que no valía la pena de echar tanto oro al mar, von Tirpitz, almirante mayor del Imperio, llamólo a su gabinete y le dijo:

—Sólo usted puede hacer cambiar el rumbo de la opinión.

Al día siguiente, la prensa pangermanista, doctamente aleccionada y liberalmente pagada, comenzó a agitar el espectro británico ante los ojos de la burguesía. Por todas partes, a todas horas descubriáanse espías ingleses, intrigas inglesas, amenazas inglesas. Un día era un despacho misterioso de Valparaíso asegurando que el Gobierno de Londres estaba en negociaciones con el Brasil y la Argentina para comprar las escuadras nuevas y poderosas de ambos países. Otro día era una declaración de un centinela de Kiel, que había visto un dirigitable venido de Hull para examinar con sus reflectores la entrada del canal estratégico. Y al mismo tiempo que

los periódicos creaban así una inquietud nacional, los conferencistas demostraban que no había negocio más estupendo para los capitalistas que el de dar su dinero a la Marina, puesto que la riqueza real de Alemania estaba en su futuro imperio de los mares.

La campaña fué tan admirable, que el mismo Káiser felicitó al capitán Boy-Ed, y que al tratarse de ganar simpatías en América, todos pronunciaron en Berlín su nombre. Lo malo es que si los yanquis son golosos de noticias, también son desconfiados. En el término de un mes, los despachos de Berlín, *made in América*, han perdido todo su prestigio.

¿Qué nuevo procedimiento buscará ahora Alemania para hacer oír su voz del otro lado del Océano?

Con muy buen acuerdo y con mucha energía, el presidente Wilson ha decidido no tolerar que la Embajada alemana en Washington continúe publicando comunicados e interviews. He aquí, en efecto, el telegrama que el *Daily Mail*, de París, recibe de sus oficinas de Nueva York:

«El presidente Wilson se ha mostrado muy descontento por las declaraciones falsas hechas por Mr. Shoen, hijo del ex embajador alemán en París. Mr. Bryan ha declarado que su Gobierno está dispuesto a dar sus pasaportes a todos los diplomáticos culpables de indiscreciones sobre la crisis actual. Tal amenaza se considera aquí como una advertencia a los diplomáticos alemanes, cuyos esfuerzos por influir en la opinión son intolerables.»

Si Berlín se decide a hacer callar a sus embajadores, no faltarán al canciller del Imperio otros medios de publicidad. El que hace un «Wolff-Bureau», hace ciento. Y en Alemania, el deseo de servirse de la prensa del

mundo entero (con mucha razón, a fe mía) es una de las perpetuas preocupaciones del Gobierno. En uno de los últimos *Libros Blancos* ingleses hay un documento sobre este punto que merece ser estudiado, más aún que como una revelación, como un indicio de estado de alma. ¿No está probado que una gran industria ha menester de reclamo intenso para prosperar? Pues, entonces, ¿por qué no hacer conocer al Universo entero las excelencias de la gran Alemania militar y traficante? Según ese documento, hace algún tiempo, una reunión secreta se verificó en Berlín, en el Ministerio de Negocios Extranjeros, a iniciativas del doctor Hamman, jefe del «Bureau» de la prensa en aquel departamento. El ministro hallábase presente, y a su derredor encontrábase los directores de las más importantes Empresas industriales del país. De lo que se trataba era de formar una Compañía con objeto de fomentar el prestigio alemán en el extranjero. Con su espíritu positivo, que el *Libro Blanco* inglés no elogia, pero que merece en buena justicia ser admirado, los industriales aquellos comenzaron por ofrecer, patrióticamente, una suma de millón y medio de marcos para la empresa. En Berlín, mejor que en ninguna parte, se sabe que el prestigio es cosa que se compra.

«La Compañía — dice el documento — proponíase hacer un contrato con la Agencia Havas, de París, en virtud del cual esta Agencia no publicara sino los telegramas que le enviase el «Wolff-Bureau» de Berlín. También entraba en sus planes otro contrato con la Agencia Reuter, de Londres.»

Esto era para Europa. Para América, la «Deutsche Kabelgesellschaft», oficina de segunda clase, parecía bastante. Hasta aquí todo va bien. Dar noticias no es

un delito. Pero cuando comienza lo verdaderamente extraño, tratándose de un organismo oficial, es cuando la Compañía declara con solemnidad que todos los industriales alemanes estarán obligados a no dar su publicidad comercial a ningún periódico que publique telegramas que no salgan de las Agencias que de ella dependan. Para aumentar las probabilidades de éxito, el doctor Hamman debía hacer saber a toda la prensa que las noticias de Alemania le serían enviadas gratis, en la lengua de cada país, a condición de que no se insertase ningún telegrama relativo a asuntos germánicos que emanara de otras fuentes de información. El documento agrega, para hacer ver el espíritu de disciplina y de autoritarismo que tanto admiran algunos escritores madrileños, que «la prensa extranjera sería vigilada por los agentes de la Compañía». Y agrega: «Toda noticia «incorrecta» será corregida en el acto.»

Por desgracia para los inventores de esta tentativa de germanización industrial de la opinión pública, la guerra estalló antes de que Havas y Reuter se dejaran comprar. Lo único de que dispone la Compañía es del «Wolff-Bureau»; y como esto no basta, se trata por todos los medios de «hacer algo», ya no sólo en Washington y en Amsterdam, en Roma y en Buenos Aires, sino hasta en las poblaciones de menor importancia.

En efecto, he aquí un telegrama que hace ver lo poco que Alemania se duerme cuando es necesario defender su prestigio:

«Alicante, 18 (9,50 n.).—Varios comerciantes alicantinos recibieron hoy por correo, en sobre abierto, franqueado con un sello de cinco céntimos de marco, unas cuartillas redactadas en francés, escritas a máquina, refiriendo sucesos de la guerra.

»Dicho sobre lleva el membrete de una casa alemana, con la cual los receptores se hallan en relaciones mercantiles. Al dorso aparece estampado un sello que dice, poco más o menos: «Autorizada su remisión por el general en jefe del noveno cuerpo de ejército. — *Wurtemberg.*»

»El contenido de las citadas cuartillas resulta pintoresco, pues se relatan batallas germano-austriacas e historias estupendas.

»Las circulares han sido muy comentadas entre los comerciantes que las han recibido.»

Todo esto hace sonreír a los ingleses e irrita a los americanos. Pero no hay duda de que todo esto es admirable.

Viendo pasar a los guerreros de la India.

Orleans, 9 de octubre.

¡Alabado sea Rama, padre de la raza solar y patrón de los guerreros y de los héroes!...

Me habían dicho que nada era tan difícil como verlos, y he aquí que al salir de la estación los descubro, montados en sus caballos blancos, cual si hubieran recibido orden de venir a mi encuentro. ¡Y qué hermosos, qué suntuosos son así, con sus enormes turbantes de colores claros que coronan sus rostros de bronce, y con las banderas púrpuras que rematan sus lanzas! En esta atmósfera autumnal y provincial, entre estos muros grises que no hablan sino de leyendas cristianas, hasta algo de fantástico tienen. Si uno no estuviera prevenido de antemano de que son ellos en cuerpo y alma, figuraríase ver una simple mascarada hecha para divertir a los buenos ingleses que ocupan militarmente la población. Y es que esta venerable ciudad, en la cual el espíritu armonioso de la vieja Francia ha puesto toda su gracia discreta, toda su elegancia ponderada, toda su delicadeza rítmica, no es para ellos, que representan la enormidad asiática. Allá, en el fondo, por encima de los techos de pizarra, álzanse las aéreas torres de Santa Cruz. Una campana toca el Avemaría, llamando a orar con sus voces suaves. La calle sube, tranquila, hacia una plaza que cuatro palacios vetustos cierran y adornan. Aquí, en

una esquina, está la casa de Diana de Poitiers, y más lejos la de Inés Sorel. La sombra del rey Carlos VII, que, en medio de sus infinitas desgracias, solía dormirse en el regazo de su dama oyendo cantares galantes, aparece a cada paso entre las nobles fachadas carcomidas. ¡Cuán natural sería ver salir por estas enormes puertas negras, camino del Hotel Consistorial, a los nobles caballeros vestidos de hierro que combatieron bajo las órdenes de la Doncella! Porque todo, en la muy leal población, ha conservado viva la huella de los arqueros, de los arbalateros y de los mosqueteros, que supieron morir por su rey. Pero estos hombres de los turbantes inmensos, estos hombres flacos y barbudos que parecen escaparse de algún cuento de *Las mil y una noches* para asustar a los chiquillos cristianos; estos misteriosos hombres de ojos fulgurantes, de cuerpos gigantescos, de rostros negros; estos hombres que no sonríen y que apenas se mueven en sus monturas, no, en verdad, no encajan, casi no caben, en las calles orleanesas. Al verlos pasar, las muchachas de claras pupilas maliciosas asómanse a sus ventanas con espanto, mientras las viejecitas, envueltas en sus mantas, apresuran el paso haciendo el signo de la cruz.

¡Se cuentan tantas historias terribles desde que los indios están aquí! Lo de menos es lo de los ritos misteriosos que cada uno de ellos celebra en su campamento. «Son paganos», dice la gente. Y como a paganos les perdona sus dioses. Pero hay algo que no puede perdonarles, y es su voracidad voluptuosa de ogros.

— El día mismo que llegaron — me asegura una encantadora *soubrette* de mi hotel —, el general inglés tuvo que fusilar a tres de ellos que robaron a una niña de diez años y se la llevaron al monte...

No sólo niñas roban. Con sus manos largas de cobre, toman todo lo que se halla a su alcance, sin pedir permiso al dueño. La guerra, piensan, es la época en que nada está prohibido. Los bandos del Estado Mayor, que ni siquiera están escritos en pali, no son para ellos. Cuando les dijeron, hace dos mesés, allá en sus ciudades rapjutas, que en los países de Europa los pueblos más ricos estaban guerreando y que sus armas podían ser útiles al Marathjá de la Gran Bretaña, es seguro que sus mentes concibieron una idea fabulosa y magnífica de las aventuras que les esperaban. Pero apenas instalados en sus tiendas, a orillas del Loira rubio, en medio de todas las tentaciones y de todas las riquezas, ni siquiera amar a su antojo se les permite. En verdad, no deben comprender lo que pasa.

— ¿Es éste el país que está en guerra? — preguntan a cada momento.

En sus leyendas, la guerra es de otra naturaleza. ¡Ah, las tradiciones de palacios tomados por asalto!... ¡Ah, los raptos de bayaderas sagradas! ¡Ah, las bellas noches de incendio y de matanzas!... ¡Ah, los clamores de todo un pueblo en delirio!... En la paz romana que los ingleses han impuesto a la India entera, los descendientes de las razas guerreras se consuelan de su vergonzosa inacción escuchando relatos de crueldad, de lujuria y de codicia. Los franceses, para ellos, son aquellos soberbios jinetes de Duplex que, durante años y años, perdidos en las inmensidades del Asia, lucharon contra las huestes indo-inglesas de la Compañía, rivalizando en terribles aventuras con los héroes del Ramayana. Y he aquí que llegan a Francia y se encuentran con Orleans, en donde todo es más ordenado y más tranquilo que en Madrás o en Calcuta.

Entre los tres príncipes que mandan a los indios, Sikha, Beluchid y Gukhés, hay uno que, según los rumores, desciende, como el famoso Meswar de Odeypura, de los ruryabanes. El primero de sus abuelos, hijo de Rama, fundó Lahora, y aunque los bárbaros de hace mil quinientos años mataron a todos los representantes de su dinastía, una reina logró escaparse de la hecatombe, y sus descendientes reanudaron, más tarde, la santa cadena interrumpida de rajás sagrados. Mi buen deseo me hace creer que tan glorioso héroe es el que yo acabo de ver, todo reluciente de pedrerías, a la cabeza de sus jinetes. Su aspecto, a decir verdad, no tiene nada de heroico. Cualquiera de los pathans o de los gurkhás que le rodean es más bello, más majestuoso, más altivo y más marcial que él. Pero los príncipes son siempre los príncipes. El que hoy recorre las calles de Orleans tiene un aspecto delicado y hierático de icono ennegrecido por el tiempo. Sus manos son diminutas, y su barba rala apenas le cubre las mejillas. Hijo de reyes criados en los harenas, lejos del aire y del sol, más se dijera hecho para soñar vagos ensueños místicos a la sombra de los muros áureos de su palacio, que para conducir al fuego las falanges rudas de sus combatientes.

Inglaterra, que no podía escoger, entre los maradjas, a los más fuertes, ha tratado, en cambio, de que los soldados asiáticos que vienen a Francia sean los más bravos y los más resistentes de su Imperio indico. Los primeros que desembarcaron en Marsella fueron los gurkhás, hijos del Himalaya nevado, hombres de hierro capaces de resistir a todos los climas y a todas las fatigas, altos, secos, orgullosos de su casta, incapaces de trabajos serviles, pero dispuestos siempre a morir y

a matar. Su calma silenciosa les da «un aire británico», según dicen los cronistas de Londres. En realidad, no hay súbdito del rey Jorge, por frío que sea, que pueda comparar su «flema británica» con el impasible y silencioso humor de estos montañeses. «Ni para orar— escribe Graham — entreabren los labios.» Los pathans, venidos en seguida, son vivos, amables y sociables. Hablan poco, porque en la India la palabra es un lujo. Mas cuando llega el momento de luchar, muéstranse turbulentos. Sus gritos de guerra espantan al enemigo. Sus enormes brazos manejan las pesadas lanzas durante días enteros sin cansarse. Sobrios, como los árabes, no necesitan sino una pipa de «lookah» para alimentarse. Eso sí, cuando no fuman no se mueven. «Pas d'argent, pas de Suisses», decían antaño en Europa. Hoy, en el Indostán, ya se sabe que sin «lookah» no hay pathans. Los sikh son más famosos por su fuerza y por su elasticidad que por su sobriedad y por su resistencia. No fuman, porque su religión se lo prohíbe. Pero beben, eso sí, beben whisky como los mismísimos escoceses, beben todo lo bebible. Cuando en los circos vemos *troupes* de indios que nos maravillan con sus proezas aéreas, ya se sabe que son sikhs. Un sikh ata una piedra en el extremo de una cuerda, lanza la piedra al espacio, y cogiéndose al otro extremo de la cuerda, se eleva a alturas inverosímiles. Si no tiene ni piedra, ni cuerda, ni espacio, el sikh se sube por las paredes como una rata. Luego, para reponerse, apura una copa o muchas copas. Los dogras, «hijos del honor», como ellos mismos se llaman, son de raza pura y se distinguen por lo leales y por lo disciplinados. Los punjas, cual los mahratas, nacen a caballo, según una leyenda, y tienen en Asia fama de ser los mejores soldados del mundo.

Lo malo es que, para ellos, ser soldado consiste en ser feroz y en saber saquear. Los rajputs, en fin, los últimos que han llegado, forman una verdadera aristocracia que no olvida, a pesar de los milenarios, que sus antepasados fueron los conquistadores de la India. En éstos, la noción de casta llega hasta el punto de preferir morir de hambre a recibir alimentos de un ser de clase inferior. Sus mismos criados pertenecen a razas distinguidas.

Porque habéis de saber, ¡oh fieros soldados españoles!, que la mayor parte de estos guerreros exóticos, a quienes vosotros despreciarías por negros y por sucios, tienen un servidor que cuida de sus armas, de su caballo y de su comida. En la India, el hombre de guerra no puede sino pelear y orar. En la larga paz de que goza el Imperio británico, los fieros rajputs, como no pelean, se están quietos en sus cuarteles y meditan día y noche sobre la vida eterna. Muchos de ellos pertenecen a la estirpe sacerdotal, que es la más ilustre de todas. Otros no son sino «sepoys», o sea militares de abolengo. Los más humildes siempre resultan tan nobles, que no se sentarían a la mesa de un comerciante.

El Gobierno inglés, que tantos milagros coloniales ha hecho, no ha logrado aún establecer la igualdad entre los soldados de la India... ¿Y cómo había de lograrlo, cuando las ochocientas castas existen siempre, y cuando cada comarca tiene su religión? Aquí, en Orleans, los encargados de la Intendencia no aciertan ni siquiera a alimentar a sus nuevas tropas. Un plato en el cual ha comido un pathans es objeto de oprobio para un dogra. Los oficiales británicos consuelan a sus aliados contándoles las penas que ellos mismos pasan, desde hace medio siglo, en Bombay o en Calcuta. En

1857, en el momento de comenzar una batalla, las tropas supieron que las municiones estaban untadas de grasa de vaca. En el acto, la mitad de los soldados se negó a tocar los cartuchos, porque la vaca es un animal sagrado para los brahmanes. Se cambió la grasa de vaca por grasa de cerdo. Entonces fueron los musulmanes del Afghanistan los que se sublevaron, arguyendo que el cerdo es una bestia «tabú». Algo más tarde, los rajijs no quisieron aceptar ni las municiones ni las conservas, que iban envueltas en papel, porque el papel está fabricado con materias inmundas. ¿Y las columnas designadas para ir a combatir en Birmania? Todas ellas desertaron porque su religión les prohíbe los viajes por mar.

Hoy el navegar ya no resulta pecado. Pero ¡cuidado con las carnes, cuidado con las mantecas, cuidado con los cacharros!... Un ajo o una cebolla en las marmitas de la Intendencia bastaría a provocar un motín en el campamento indio.

— Venimos a guerrear — dicen todos —, pero sin pecar.

¿Sabrán, siquiera, contra quién van a entablar la lucha?... ¿Tendrán alguna idea de lo que es Alemania, de lo que es Francia, de lo que es Austria?... Probablemente, no.

Sólo que nosotros mismos, que tan sabios nos creemos, ¿tenemos una noción exacta de lo que ellos son?...

Por mi parte, confieso con humildad que, al salir ayer de París, llevaba ideas más suntuosas del espectáculo que iba a ver. Sin pensar en elefantes cubiertos de pedrerías, algo mejor que este desfile de jinetes con turbantes claros esperaba. Y así, ahora que la escolta del príncipe Sikke, o del príncipe Beluchid, o del prin-

cipe Gurkhés, ha desaparecido entre las callejuelas grises, me pregunto, evocando cortejos vistos a través de los libros: ¿Dónde están los afghanes que montan caballos blancos con crines teñidas de rojo y que visten como los cruzados de Manfredo?... ¿Dónde está la compañía de los verdugos que en las revistas de los marathas encabezan la marcha de las tropas blandiendo sus enormes espadas de dos filos?...

Los ingleses en Orleans.

Orleans, 10 de octubre.

¿No habrá algo de misteriosamente humorístico en el empeño que los señores ingleses han tenido al pedir Orleans como plaza de concentración? Rouen habría estado más cerca del mar y, al mismo tiempo, más cerca del campo de batalla. Pero ellos han querido Orleans. ¡Hace tantos siglos que la querían!... Y ahora, o mucho me equivoco, o las doncellas de la ciudad, lejos de rogar a Dios que los aleje de Francia, deben rogarle lo contrario. Porque nada se parece menos a los *gentlemen* de caricatura, flacos, flemáticos y «splenéticos», como estos gallardos mozos rubios, tan ceñidos en sus uniformes kaki.

— Parecen señoritas — dicen las mamás.

Y, en efecto, los oficiales, muy jóvenes, con sus rostros imberbes y sus ojos claros, ingenuos, tímidos, tienen algo de gentilmente femenino.

Pero las muchachas saben que eso no es sino exterior, y que en el fondo de sus almas arde un fuego de heroísmo y de virilidad. ¡Ah, las bellas historias de arrojó inglés que los periódicos orleaneses cuentan! Hoy mismo encuentro en el *Républicain de Loiret* algunos datos sobre las últimas batallas. Bajo la lluvia de metralla alemana, los jóvenes tenientes del Royal Lancaster y del Middlesex conservaban su fina sonrisa, y cuando

uno de ellos caía herido de muerte, daba su pañuelo mojado en su propia sangre a su vecino, diciéndole:

— Entrega esto a mi novia.

Más de una *demoiselle* de Orleans tiene ya su pañuelo enrojecido. En tiempo de guerra los noviazgos no admiten tardanzas. Unos ojos azules se encuentran con unos ojos pardos, dos sonrisas se cruzan, al día siguiente ya están *fiancés*.

Yo, a decir verdad, no he visto estos idilios puros, que acaban generalmente en la alcaldía. En cambio, he visto los otros, los del café, los de la calle, los que no necesitan de escribano. En todos los rinconcillos sombríos de la Rotonde, del Moderne y del Commerce, las parejas de oficiales ingleses y de *petites femmes* de aquí abundan. Ellos, sin embargo, no hablan francés, y ellas tampoco hablan inglés. ¿Cómo diablos pueden hacer para entenderse? Los intérpretes militares, que se pasean por todas partes ostentando sus brazales tricolores, no deben ser llamados para estas charlas.

— En todo caso — me dice un viejo camarero —, se entienden muy bien... Cuando se van juntos, parecen antiguos amigos, y al día siguiente cuando vuelven por la mañana a tomar café, cualquiera diría que son *des vieux mariés*... Los mismos orleaneses no se las arreglan mejor...

Todos los ingleses están aquí, en realidad, como en su casa. Cuando entran en la catedral ven las siluetas de sus antiguos guerreros resplandeciendo en las vidrieras que cuentan la historia del rey Carlos VII y de su protectora. Cuando se pasean por la ciudad encuentran a cada paso calles cuyos nombres les recuerdan aventuras de su historia. Y en todas partes, evocándose vencedores o vencidos, sonríen.

Sólo ante la imagen de Juana de Arco en la hoguera se ponen serios. Y es que al pie de esa imagen se lee: «Los pérfidos ingleses quemáronla en Rouen.» Y como los inglescs están seguros de no haber sido ellos, sino los obispos franceses, se irritan de que un país laico y verídico permita a la Iglesia achacar así sus crímenes a quienes no son culpables. Por su parte, la ciudad suprimiría con gusto esta inscripción. Pero la catedral no puede ni pensar en eso. ¿Qué va a poner, si quita a los ingleses? ¿Va a hablar del obispo Cauchon y de sus compañeros?...

Después de todo, lo mismo da... Los ingleses son gentes tranquilas, tolerantes, resignadas y burlonas. El mundo los llama pérfidos, y ellos sonríen.

Sonríen siempre.

Cuando ayer se supo aquí que el Káiser había hablado del «despreciable pequeño ejército del general French», toda la ciudad se sintió indignada y como herida en su amor propio. ¿Despreciables estas tropas rubias, esbeltas, corteses y heroicas?... ¿Despreciables los nobles *gentlemen* aliados?... Era de oír en los cafés, a la hora del aperitivo, las protestas de los orleaneses.

Sólo los oficiales británicos parecían no darse por ofendidos.

Y es que, o mucho me equivoco, o Inglaterra no ha sentido nunca esta especie de respetuosa religiosidad que Alemania y Francia experimentan ante sus soldados. *Vive l'Armée!*, en París, significa «viva el país armado, viva la fuerza nacional, viva la tradición, viva la esperanza y la gloria de la nación». En Berlín, «viva el Ejército!», es algo más grande y más grave: es «viva lo que hay de superior y de sublime en el Imperio; viva el símbolo del honor, del heroísmo, de las virtudes ger-

mánicas; viva lo único sagrado, lo único intangible, lo único indiscutible del mundo».

En tanto que en Londres...

Basta con oír a un *barmaid* cuando, dirigiéndose a un soldado, le dice: «*We serve no red-coats here!*», para comprender que un militar no es, entre ingleses, un ser privilegiado. La gente admira en ellos, sin duda alguna, el valor y la apostura. Pero de eso a la supersticiosa adoración del uniforme, va una distancia grandísima.

— La mitad de nuestros soldados — decía el paradójico y expresivo Oscar Wilde — sale de la cárcel y la otra mitad debiera estar en ella...

La verdad es que el regimiento sirve en toda la Gran Bretaña para no caer en un «algo peor», que puede muy a menudo ser la miseria y muy a menudo también el *heard labour*. Los sargentos reclutadores lo saben perfectamente, y por eso, en vez de ir a los talleres a buscar *life guards*, es en las tabernas y en los garlitos donde les esperan. Las veinte libras esterlinas de la prima y la seguridad de una existencia tranquila, reemplazan lo que en otros países es vocación.

— Tendrás — dice el reclutador —, tendrás un honorable uniforme rojo, con galones verdes, y botas altas, y un morrión, que te hará parecer más garrido aún... Vivirás en cuarteles amplios, sanos, higiénicos, en los cuales la cocina es mejor que en los «bares» de Witte Chapel... Cuando salgas de paseo con tu varita de junco y tu gorra minúscula, no habrá niñera que te resista... Para beber algunas copas, dispondrás de un chelín diario...

Y el buen muchacho, que por lo general no tiene oficio, ni ganas de aprenderlo, firma su contrato y en el acto se convierte en un defensor de la Corona. Los bur-

güeses, al verlo pasar con su chaquetilla roja, no lo admiran como los alemanes admiran a sus ulanos. Pero respetan en él lo que él es en realidad: un servidor del país, un instrumento del poderío nacional, una parcela de la fuerza británica, en fin.

Ni los mismos oficiales gozan en Inglaterra de la aureola que en otros países circunda las altivas cabezas de los guerreros.

«Aristócrata, millonario o simple hijo de burgués enriquecido — dice sir John Charpent —, el joven que se dedica a la carrera militar, y que hasta hace poco podía comprar sus grados, es siempre, salvo rarísimas excepciones, un *snob* perdido, un *sportsman* exasperado, un jugador impenitente y el héroe obligado de los adulterios de todo el reino. Gran bebedor de whisky, gran comedor de platos picantes, lector infatigable de libros eróticos, no pensando sino en sus caprichos, ese corifeo de los salones y de los bastidores de *music hall* no se quema las pestañas estudiando su carrera. Negligentemente deja a los sargentos, a quienes les da buenas propinas, el trabajo del cuartel.»

Estas líneas están escritas antes de la guerra del Transvaal. Desde que en Spion Kopje el orgullo británico recibió una terrible lección, los oficiales han aprendido algo que no sabían en tiempos de Thackeray. El recuerdo de Waterloo ponía hasta hace quince años una venda en los ojos. ¿Quién podía luchar contra ellos, cuando el mismo Bonaparte había sido incapaz de resistirles? La guerra parecía, en su delirio de grandezas, un arte de inspiración, algo que no se aprende, una especie de virtud natural en todos los oficiales de Su Graciosa Majestad. Y fué necesario que los rudos campesinos del África del Sur les infligieran las más duras

derrotas para obligarlos a humanizarse. Hoy, conservando sus malas cualidades de antaño, que son, después de todo, las que les hacen simpáticos, los oficiales ingleses saben ya casi tanto como sus compañeros de Francia o de Alemania.

Pero aun siendo muy sabios y muy arrojados, no han adquirido aún el orgullo profesional. Antes que militares son *gentlemen*. Y así, mientras los orleaneses se indignan porque el Káiser los trata de despreciables, ellos, sonriendo con socarronería, fuman sus pipas y esperan que les llegue su turno de ir a matar o a morir, brava y tranquilamente.

Unidos en una verdadera democracia militar, los generales y los soldados se refugian desde muy temprano en los grandes cafés del centro y comentan las noticias de la guerra entre sorbos de whisky.

¡Si los alemanes los vieran, lo de «despreciable pequeño ejército» no bastaría a expresar su horror por estas costumbres! Tanta libertad, tanta fraternidad, tanta dignidad sin orgullo militar, llenaría de indignación el alma de cualquier teniente de Prusia o de Sajonia. ¡En la misma mesa, los simples soldados sentados frente a los jefes y hablando alto, hablando con independencia; eso es inaudito para un alemán!..

En Francia, por el contrario, eso encanta.

— ¡Son buenos tipos esos ingleses! — murmuran, llenos de afectos, los burgueses de Orleans.

Y no pudiendo hablarse, por no saber ni los unos inglés ni los otros francés, se contentan con estrecharse la mano sin conocerse, murmurando:

— *Amis... amis...*

Los guerreros negros.

Orleans, 12 de octubre.

—Para comprender cuán vano es el orgullo militar de los pueblos —decíame un catedrático francés hace algunos meses — basta con ver las tropas senegalesas que ahora luchan en Marruecos. Según todos nuestros oficiales, no hay soldados más bravos, más disciplinados y más inteligentes que esos buenos negros. Sin embargo, bien sabe usted que, por muchos esfuerzos que se han hecho, nunca se ha logrado inculcar en esos seres rudimentarios la más elemental noción de cultura. Para todo son inútiles, menos para la guerra. ¿Querrá decir esto que han nacido guerreros y no obreros?... ¿O querrá más bien decir que aun los hombres incapaces de civilización, los hombres de una animalidad casi absoluta, pueden llegar a la excelencia militar?...

Estas palabras acuden a mi memoria al encontrar ahora, en plena Francia, a los soldados negros. Los militares europeos que los han visto luchar contra las magníficas tropas de la Guardia prusiana, aseguran que no sólo han dado muestras de arrojo, sino también de sentido táctico.

«De no ser por el color de su rostro — escribe un capitán de infantería colonial que asistió a los combates del Marne con su compañía de senegaleses —, nadie dis-

tinguiría a mis hombres de los mejores y más disciplinados europeos.»

Lo propio dicen los ingleses y hasta los alemanes.

En cambio, cuando tratamos de hacer hablar a los oficiales coloniales de lo que son en tiempo de paz los buenos negros, oímos frases como las siguientes:

—«Ce sont des vrais bêtes»...

O bien, para decirlo con más suavidad:

—«Ce sont des grands enfants»...

Niños o animales lo mismo da, puesto que lo que se quiere indicar es que carecen por completo de raciocinio y de ideas generales. Un instinto, que sólo el miedo al castigo refrena, es el motor de sus acciones. Ninguna virtud, ninguna bondad, ningún sentimiento noble los adorna. Ni la vida ni la propiedad ajena son para ellos respetables. De honor ni siquiera una noción muy vaga tienen. Sus existencias están regidas por una serie de egoísmos apoyados en la fuerza. Sus mujeres, como seres más débiles, viven sometidas a una verdadera esclavitud. Cuando el marido muere, el hijo mayor hereda a sus esposas, entre las cuales se encuentra su propia madre, y se sirve de ellas como de un rebaño. La pereza, la codicia, la gula, la mentira y la crueldad son cualidades que se encuentran en todos los negros. Y por encima de todo, la superstición.

En una ambulancia de Marsella los soldados de la infantería senegalesa han estado a punto de sublevarse. Para lavarlos, antes de mandarlos al campo de batalla, un médico, que no conoce las leyes divinas del país del Gran Ulof, quería obligarlos a despojarse de todos sus trapos.

—¡Eso, no! — exclamaron todos.

—Si es por pudor — les dijo irónicamente el médico —, os desnudaréis en la obscuridad.

Pero no era por pudor, no. ¡Pudor ellos, que se han pasado lo mejor de su vida desnudos!

—Lo que no pueden quitarse—explicó, al fin, el intérprete—son los gris-gris...

Y fué enseñándole, bajo el uniforme de un magnífico apolo negro, los pedazos de piel de zorro atados bajo el pecho; los trapos que sostienen dientes de animales raros; las cintas que ciñen la cintura, y de las cuales cuelgan pedazos de cuerno, conchas marinas y astillas de palos misteriosos.

—¿Qué es eso?—preguntó, espantado, el facultativo francés.

Si el intérprete hubiera querido darle una respuesta gráfica, habría podido decirle:

—Eso es el alma del negro.

Todos los sentimientos, todas las creencias, todo el heroísmo, toda la alegría, todo el entusiasmo del senegalés, en efecto, está encerrado en sus talismanes místicos. Como los antiguos egipcios, los tacurores, los bamará y los serer, necesitan conjurar los males y conquistar los bienes por medio de objetos consagrados por una experiencia que se pierde en la noche de los tiempos. El cuerno sirve contra las enfermedades, la madera evita los accidentes, las conchas dan resistencia para andar, el marfil protege contra los brujos. Todo esto, lejos de tener empeño en arrancarlo del cuerpo de sus leales servidores, los franceses deben contribuir a conservárselos. ¿Qué sería de las tropas negras, hoy tan famosas por sus largas marchas, si no llevaran sus gris-gris de concha?... Pero es el amuleto de los amuletos, el amuleto guerrero, el que los senegaleses necesitan ahora sobre todos los demás. Este que, naturalmente, es el más grande, el más caro, el más suntuoso, es también el

que menos les gusta a los higienistas. Consiste en una cola de un animal muerto de un tiro, fajada alrededor del pecho o de la cintura.

Entre los spahis del Senegal que ahora cabalgan por las rutas del Norte, camino del campo de batalla, los amuletos son más complicados y más numerosos que en los pobres negros de la infantería. Porque en el Senegal, como en Alemania, la caballería es una aristocracia. Un spahis pertenece siempre a la raza superior, y es hijo de un aparecido o de un fantasma con una doncella que aun no ha cumplido los catorce años. El infante, en cambio, pertenece a las bajas castas de los médicos, de los cantores, de los labriegos y de los brujos. Y si los primeros han llegado a la elevada clase que ocupan en las milicias de la República, no lo deben ni a la protección de sus lagartos tutelares, que se quedaron allá, en las tierras lejanas del Gran Ulof, ni al vigor de sus brazos, ni a la bravura de sus almas, sino sencillamente al respeto con que sus abuelos supieron llevar sus gris-gris, sin separarse nunca de ellos. ¡Figuraos, pues, si los buenos senegaleses de a pie van a dejarse quitar sus amuletos por razones de higiene!

Todos se llaman senegaleses. Pero no todos lo son. Entre negros franceses, ser del Senegal es pertenecer a una especie de aristocracia guerrera, reconocida por un decreto de 1900, en el cual se dice que, «en vista de los gloriosos servicios del primer regimiento senegalés, las tropas del África ecuatorial serán comprendidas dentro de la misma denominación». Así, en los regimientos que ahora luchan en los campos de Lorena hay senegaleses que han nacido a 500 leguas del Senegal. No importa; el alma es la misma: un alma salvaje e infantil, atroz e ingenua. ¡Ay del que se pone frente a su bayo-

neta durante los combates! La piedad no es de su reino. Con una lógica que parece inspirada en las máximas de los mariscales alemanes de nuestros días, sólo conciben, dentro de la guerra, la noción de matar y la noción de morir. Matan con gusto, con alegría, con voluptuosidad. Mas es preciso hacerles la justicia de confesar que lo mismo que matan mueren. En el libro de honor de las guerras coloniales, los actos heroicos de los soldados negros son infinitos. Sucumbir mordiendo, desgarrando, nada más natural en estos salvajes. Sólo que no es así como han sucumbido los que dejaron un nombre en los anales guerreros. Por un milagro, los más bárbaros seres del mundo, los que no saben ni lo que significa sacrificio ni lo que quiere decir generosidad, han dejado ejemplos dignos de los tiempos caballerescos. Oid esta lista de héroes inscriptos en los anales de los regimientos coloniales:

«Los tiradores Alosane y Sadioka, compañeros de Galiéni y Toutain en el rudo combate de Dio, suplicaban a sus jefes que se escaparan hacia el Níger, ofreciéndose para continuar la lucha uno contra ciento, con objeto de cubrir la retirada. Samba Taraoré, sargento, instalóse, después que sus jefes blancos cayeron muertos, en los pozos de Zinder con quince hombres, y durante varias semanas se mantuvo allí, luchando contra los diez mil habitantes de la ciudad; al retirarse hacia Tlo no le quedaban sino cuatro soldados vivos. Los ciento veinte tiradores de Demars y Mechet, bloqueados once días en Kong, sin agua, por diez mil sofás de Samory, resistieron, a pesar de ser diezmos por la sed. A la muerte del teniente Bataille, tres tiradores se acostaron sobre el cadáver y se dejaron matar antes que consentir en que los enemigos se apoderaran del cadáver.»

Y no son sólo los hombres los que así se muestran capaces de todos los heroísmos, de todos los sacrificios y de todas las generosidades. Las mujeres que los acompañan tienen también un alma intrépida. El 14 de junio de 1908, en Talmeust, en la Mauritania, las municiones se agotaron en las líneas de fuego en los instantes en que más encarnizado era el ataque del enemigo. Los moros, escondidos en sus trincheras, se negaron a ir en busca de los cartuchos. Entonces, las mujeres de los tiradores senegaleses, sin que nadie lo ordenara, abrieron las cajas y se pusieron a repartir municiones bajo una lluvia de balas. Cuando una de ellas caía, otra la reemplazaba. Al fin del combate, el jefe de la columna hizo inscribir en el Libro de Oro del regimiento los nombres de Fatma, de Comba, de Bintu Korré, de Niemellane y de Sulma, muertas en el campo del honor.

«Lo extraño—dice el oficial que refiere estas aventuras heroicas— es que los hombres protestaran por el homenaje que se rendía a sus mujeres, que para ellos no son sino bestias de carga. Ni la disciplina puede hacerles ocultar su desprecio por el sexo débil.»

Pero esté mismo oficial, contando luego la muerte del teniente Chevigné, escribe una página digna de figurar en los anales de las más bellas, de las más nobles epopeyas. El teniente Chevigné ha caído herido. Sus últimos soldados senegaleses lo rodean, defendiéndolo contra una horda ululante de tuaregs. Un sargento francés toma el mando de los negros.

—¿Cuántos quedan?— pregunta el jefe, agonizando.

—Veinte— contesta el sargento.

—Bueno...; pues os ordeno que huyáis... Yo estoy muerto... Dejadme aquí...